

traidor contra el César romano? ¿Qué, cuando lo vieron morir por esta causa en un afrentoso suplicio? La razón natural nos dicta que debían haberse arrepentido de haber seguido su doctrina y detestado para siempre sus máximas y hasta su nombre. Mucho menos que esto se necesita para que los hombres se abandonen unos á otros. Sólo el ser pobre es una causa muy eficaz para que se desconozcan hasta los parientes. ¿Qué se debía esperar que hicieran los Apóstoles con Jesucristo después de verlo muerto afrentosamente en una cruz por su doctrina? A los principios hicieron lo que se debía esperar de cualquier hombre: huyeron, lo negaron, se escondieron y lo abandonaron, refugiándose con María en un mesón. Y después ¿qué sucedió? Bajó sobre ellos el espíritu de Dios, vieron á Cristo y predicaron al Mesías con la más santa intrepidez. San Pedro, el más cobarde de los Apóstoles, pues espantado por una mujercilla negó á su Maestro asegurando que ni lo conocía, fué el primero que predicó su doctrina en Jerusalén; pero ¿con qué viveza y con qué espíritu? Sus primeras palabras más parecen reconvenciones de juez que persuasiones de orador; y, sin embargo, se convierten millares de enemigos de Jesucristo á Jesucristo mismo en el primer sermón. Esto no es obra de los hombres.

Comenzaron á verse perseguidos los Apóstoles por su predicación; fueron aprisionados, fueron entregados

á las afrentas y á la muerte que sufrieron por sostener el crédito de su Maestro. Pero ¿acaso los Apóstoles, como amigos de Jesucristo, le profesaban una muy tierna voluntad y encaprichados se dejaron matar por su amor? Esta sería una objeción ridícula, pero fuera tal vez suficiente para alucinar á los incautos; mas ¿qué diremos de los demás discípulos, y qué de tantos mártires que sin haber conocido á Jesucristo, derramaron por Él su sangre con tanta abundancia, que corría por las calles, se enturbiaban con ella los ríos, se cansaban los tiranos de derramarla, y enfadados de tanto confesor de Jesucristo que se ofrecía al martirio, les decían: «Si tanta gana tenéis de morir, mataos por vuestra mano?» ¿Qué diremos de esto, repito, sino que es verdadera la fe del Crucificado? Un autor vuestro de gran fama <sup>1</sup> dice que *es preciso creer unos testigos que se dejan degollar.*

Si atendemos á la tradición, ¿qué cosa más igual ni más constante? Desde Jesucristo hasta nosotros todos han profesado una misma fe, han creído unas mismas cosas y han ido fundados sobre unos mismos principios. Es increíble que si hubiera habido falsedad en este sistema no se hubiera descubierto entre tantos hombres sabios que han predicado la pureza de la religión, como un Pablo tan inmediato á Jesucristo y como

<sup>1</sup> Pascal.

un Agustín, un Jerónimo y otros no muy distantes de la publicación del Evangelio; pero todos, inmediatos ó distantes, han ido acordes con sus principios.

Por último, yo he leído el Tratado de las variaciones de las Iglesias protestantes, sabiamente escrito por el señor Bossuet, y veo en él como cada Iglesia ó comunidad ha padecido notables alteraciones en sus artículos, en sus dogmas y en sus cultos; cosa que no advierto en la verdadera religión de Jesucristo, pues ésta, á pesar de sus muchas y sangrientas persecuciones, ha sido siempre una, santa, católica, apostólica, romana. *Una*, porque es uno el Dios á quien adora; una la fe que profesa, uno el bautismo, una la cabeza invisible de la Iglesia, que es Jesucristo, y una su cabeza visible, que es el Pontífice de Roma. *Santa* es, porque es santa su cabeza invisible, santa la fe que profesa, santa su ley, sus misterios y sacramentos, y sólo en ella puede haber santos, como los ha habido, los hay y los habrá hasta el fin del mundo. *Católica* se llama, que es lo mismo que *universal*, porque en todas las naciones que la abrazan es una misma, sin variación alguna en la fe, en los preceptos, en los sacramentos ni en cosa substancial y porque ninguno puede salvarse fuera de su gremio. Llámase también *apostólica*, porque fué fundada por Jesucristo en sus Apóstoles, y por último, se dice *romana*, porque su príncipe visible, que es el Papa, reside en Roma, y por cuanto los cató-

licos son miembros de una Iglesia que tiene tan honrosos epítetos, se honran llamándose *cristianos, católicos, apostólicos, romanos*.

Estos son en breve, señorita, los motivos que yo he tenido para decidirme por la religión de vuestros padres. Decidme si tengo razón ó si he procedido con ligereza.

Doña Matilde, enternecida, no supo responder; pero el coronel la desempeñó abrazando á Jacobo y diciéndole:

—Usted verdaderamente pertenece á la herencia del Señor: Él lo condujo, aquí lo ha hecho radicar por unos caminos imprevistos. Yo me glorio de que ha de ser usted muy buen cristiano, pues se ha explicado más bien como un instruído catequista que como un neófito. Dele gracias al Padre de las luces, pues se las ha querido comunicar tan ampliamente, y apresúrese para recibir el bautismo.

Jacobo correspondió á estas afectuosas expresiones manifestando sus deseos, y el señor Labín dijo que estaba muy próximo á recibirlo, porque apenas le faltaba que saber; de manera que para el domingo inmediato tenía dispuesta la función, que debía de ser en el *Sagrario*, por ser la parroquia á que correspondía, para lo cual había visto ya al señor arzobispo, y tenía dispuestas todas las cosas, porque Jacobo lo había elegido á él para padrino. Con esto y otras conversaciones se disolvió la tertulia por esta vez.

En la víspera del domingo citado fué el señor Labín á convidar al coronel y á su familia para el bautismo. Este caballero aceptó con gusto el convite, y al día siguiente fuimos todos á la iglesia.

El adorno del templo y lo lucido de la concurrencia dieron todo el lleno á la función. Lo augusto de las ceremonias y la modestia del neófito enternecieron á los circunstantes, penetrándose los corazones de amor y respeto hacia nuestra sagrada religión.

Llegó por fin la hora tan deseada de Jacobo, quien después de varias ceremonias *se acercó á la Fuente y recibió el sagrado Bautismo, que se dignó administrarle el ilustrísimo señor arzobispo de esta diócesis.* ¡Feliz acto en que la Iglesia católica recibió en su seno á tan buen hijo, regocijándose con este nuevo triunfo de la fe!

Después que recibió el sagrado baño, en el que á petición suya le pusieron por nombre *Agustín*, se cantó un solemne *Te Deum*, y se celebró el santo sacrificio de la misa, en cuyo tiempo recibió el adorable Sacramento del altar con la mayor humildad y manifestando la más devota compostura.

Concluída la función religiosa, se desnudó en la sacristía la vestidura blanca, y habiendo correspondido á los abrazos y parabienes que le dieron los convidados, tomaron todos sus coches, y se dirigieron á la casa de doña Eufrosina, en donde se había preparado el refresco.

La sala estaba llena de señoras, y ya se deja entender que no faltaría entre ellas Carlotita. Estaba allí, en efecto, vestida muy de gala y más hermosa que nunca. Su regocijo era inexplicable en el instante que vió á Welster: éste tuvo mucho que hacer para disimular su pasión; mas ella no tenía entonces la prudencia necesaria, y más de dos veces advertí que estaba á pique de declarar su amor, á pesar de la presencia de su padre, cuyo respeto la contenía. Sin embargo, como la alegría era general y la bulla mucha, se ocultaron sus cariñosas imprudencias, á lo menos para los que ignoraban sus amores. Todo aquel día se pasó en pláticas y diversiones agradables y á la noche concluyeron con un lucido baile.

Después que se acabó, se retiró don Tadeo con Carlota para su casa, Welster con Labín para la suya y todos hicieron lo mismo.

Muy contento Welster de verse admitido en el gremio de la Iglesia católica, trataba ya de arreglar sus intereses temporales, para lo que le fué necesario ir á la Habana; pero antes tuvo cuidado de asegurarse de la firmeza de Carlota. Hizo mil experiencias, que todas correspondieron á sus deseos, y cuando ya no le quedó ninguna duda de que lo amaba muy de veras, le dió por escrito palabra de esponsales y un rico cintillo de brillantes en señal de que la cumpliría.

Carlota recibió ambas cosas con el gusto que se deja

conocer y las correspondió de igual manera. Le dió su palabra firmada de su mano y un relicario de oro con su retrato, que recibió Welster con la mayor satisfacción.

Llegó por fin el día de la partida, y como doña Eufrosina estaba ya impuesta en los negocios de Carlota, se le facilitó á ésta la ocasión de despedirse en su casa de su amante. Para esto fué á visitarla con Adelaida á la hora en que la había citado Welster; pero no bien se vieron cuando asomó á sus ojos el sentimiento de sus corazones. Esta visita pareció de duelo. El señor Labín procuró disminuirles el martirio, acelerando la despedida. Llegó el momento crítico, y no pudiendo disimular la vehemencia de su pasión, se abrazaron los dos públicamente, se juraron de nuevo su firmeza, renovando con mil tier-nas expresiones las promesas que se tenían hechas por escrito, y se separaron con el dolor que es fácil conocer.

El rato fué de los más tristes que podía experimentar la sensible Carlota. A todos interesa una mujer hermosa y afligida: no fué mucho que doña Eufrosina, Adelaida y algunas otras visitas de confianza la acompañaran en su llanto.

Luego que se serenaron trató Adelaida de consolar á su hermana, asegurándole que la vuelta de Welster sería pronta, según había ofrecido, y que al instante se casaría y se convertirían aquellas lágrimas en gustos. Carlota algo se consolaba con esto; pero no dejaba de

temer la inflexibilidad de su padre, tan tenazmente opuesto al matrimonio. Adelaida le decía:

—No tengas miedo, hermana, que no es tan bravo el león como parece: nuestro papá es de capricho; pero también suele variar de opinión. ¿No te acuerdas cuánto trabajo costó para persuadirlo á que permitiera mi casamiento? Él no quería; pero por fin se redujo y consintió, y lo mismo será contigo. A los principios se opondrá, te reñirá y aun te llenará de amenazas; pero después poco á poco se irá amansando, hasta que consigas tu deseo. Yo misma te prometo ser tu empeño, y te juro que no me saldrán vanos mis esfuerzos.

Con estas expresiones se consoló un poco más Carlota y se despidió de Eufrosina. ¡Pobrecita! el éxito no correspondió á estas lisonjeras esperanzas, como se verá en el capítulo que sigue.

